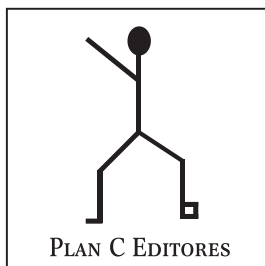


Colección La Mosca Muerta



René Avilés Fabila

**El evangelio según
René Avilés Fabila**

René Avilés Fabila

**El evangelio según
René Avilés Fabila**



LA MOSCA MUERTA

23

México, D. F., 2009

Plan C editores, S.A. de C.V.
Varsovia 57-301
Col. Juárez, C. P. 06600, México, D. F.
Tel. Fax. (55) 5536 0857
Sitio en Internet: <http://planCeditores.com>
Correo electrónico: editor@planceditores.com

1ª edición, México, D. F., 2009
ISBN de la Colección La mosca muerta: 978-968-5395-00-7
ISBN de *El evangelio según René Avilés Fabila*: 978-968-5395-23-6
No. de Registro de derechos de autor: 03-2009-011909461400-14
© René Avilés Fabila. Todos los derechos reservados, México, 2008
© Plan C editores, S.A. de C.V., por las características de la edición, todos los derechos reservados, México, 2009
Ilustración de la portada: *San Jerónimo en su estudio*. Autor anónimo

Prohibida la autorización o reproducción de la obra, por cualquier medio, sin consentimiento por escrito del editor.

HECHO EN MÉXICO / MADE IN MEXICO

**El evangelio según
René Avilés Fabila**

Nota biobibliográfica

RENÉ AVILÉS FABILA nació en la Ciudad de México. Obtuvo la licenciatura en Ciencias Políticas de la UNAM e hizo el posgrado en la Universidad de París. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores. Su bibliografía comprende novelas, cuentos, memorias y ensayos. Algunas de sus obras son: *Tantadel*, *La canción de Odette*, *El gran solitario de Palacio*, *Todo el amor*, *Fantasías en carrusel*, *Memorias de un comunista*, *Réquiem por un suicida*, *El reino vencido*, *El libro de mi madre* y *El amor intangible*.

La editorial Nueva Imagen está al cuidado de su obra completa. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores y ha ganado diversos premios; el Nacional de Periodismo del gobierno de la República y el Colima a la mejor obra publicada, entre otros. En 2007, al cumplir cuarenta años la publicación de su primera novela, *Los juegos*, diversas instituciones educativas y culturales de importancia lo festejaron. El resultado fue el libro *Once miradas sobre René Avilés Fabila*, editado por la UAM. Escribe en diversos diarios y revistas y es profesor de tiempo completo en la UAM-X. Tiene su propia fundación para apoyar la cultura y edita la revista gratuita *El Búho*, desde 1998.

...la Biblia más que un libro, es una literatura...

Jorge Luis Borges (y María Esther Vázquez)

Génesis

EN EL PRINCIPIO, el Hombre creó a los dioses.

Dijo: Sean, pues, hechos los dioses y los dioses quedaron hechos.

Después de seis días de intenso trabajo, el Hombre descansó.

Derrota cabal

EL magnífico e inquietante politeísmo fue, por desgracia, vencido por el monoteísmo que un hombre de muchos dioses, Platón, le sugirió a la humanidad. Ésta, atolondrada como ha sido siempre, extravió la oportunidad de ser feliz, cobijada —como egipcios, griegos, romanos y aztecas— por una multitud de deidades, todas llenas de pasiones y sentimientos.

Mito y religión

NI toda la historia es cierta, ni toda la mitología es falsa.

Lo que hoy llamamos con cierto desprecio mitología —con el desdén impuesto por las nuevas religiones dominantes, todas monoteístas— ha encontrado acomodo dentro de la más hermosa literatura. Debo insistir una vez más: las mitologías primero fueron religiones respetables y serias, como hoy lo son el budismo, el islamismo y el cristianismo.

La Iliada y *La Odisea* de Homero son al mismo tiempo historia, religión y literatura.

La nueva religión

TODAS las religiones, sin excepciones conocidas, insisten tercamente en que un dios supremo fue el creador de todas las cosas, de los animales y los seres humanos, de los vegetales y las aguas. Todo ello revela un evidente complejo de inferioridad en la humanidad: no importa la época ni el lugar ni la raza, siempre hay una fuerza que engendra la vida y le da forma y hasta modela los espíritus. Es necesario fundar una nueva religión, una donde el rey de la creación sea el ser humano y quien para no aburrirse decida moldear a su imagen y semejanza a uno o a varios dioses según las necesidades de cada pueblo y cada cultura y le conceda poderes sobrenaturales para que pueda decirnos que él nos ha creado o inventado.

Dieta balanceada

¿QUÉ demonios comían los hombres en los tiempos bíblicos? Habría que saberlo, puesto que todos los grandes personajes llegaban a edades notables. Citemos sólo un caso: el famoso Matusalem, quien pudo cumplir 600 años de edad. Pero esto ha sido muy comentado: la vida sana, la ausencia de tabaco, alcohol en cantidades mínimas, una dieta a base de alimentos como verduras, frutas, poca carne roja, peces y pan de trigo defienden del tiempo. Sin embargo, lo que más llama la atención es que muchos patriarcas de pronto resultaban padres a edades insólitas para nosotros, que a duras penas llegamos a los ochenta años de edad. Por el *Génesis*, capítulo XXI, sabemos que el Señor visitó a Sara. ¿Con qué objeto? Para darles un hijo a ella y a Abraham. “Siendo entonces de cien años: pues en esa edad del padre nació Isaac”, al que de inmediato circuncidaron según las leyes de aquella época que sólo conservan los judíos. Es notable (e insólito) el hecho de que un anciano (hablo de nuestra esperanza de vida) pudiera tener relaciones sexuales e incluso un hijo.

Yo, nacido cristiano, jamás fui circuncidado, pese a que en *Romanos*, IV, 11, las escrituras advierten: “Y recibió la circuncisión como señal, como sello de justicia de la fe...” Alguna vez le pregunté a mi padre la razón y me respondió con otra pregunta: ¿Para qué?, no es más que una medida higiénica. Sobre la edad y las posibilidades de procrear a tan avanzada edad, mi abuelo, respondiendo a mis inquietudes, se limitó a sonreír con algún morbo en los labios: Ah, eran mejores tiempos.

La Biblia como historia y como novela

LA dramática muerte de Jesús ha sido narrada desde distintos planos en la Biblia. Pareciera como si un solo ser la hubiera concebido y seguramente dictado. De esta forma, como en *Rashomon*, la célebre película de Kurosawa, san Lucas, san Marcos, san Mateo y san Juan, entre otros, cuentan el atroz suplicio y la muerte en la cruz, que de instrumento de tortura y muerte a partir de entonces pasa a símbolo sagrado. Es el momento más conmovedor de la Historia Sagrada puesta como parte medular en el Viejo Testamento. A veces el martirio está descrito por testigos, otras por personas que escucharon sobre la monstruosidad y unas más pareciera haber un narrador omnisciente (el propio Dios) que habla de cada uno de los pasos y dolores de Jesús en esos momentos. De todos esos relatos, con frecuencia generalizaciones de escritores que no se atreven a relatar el asunto a la manera de un autor como Truman Capote, es decir, como si fuera lo que él mismo llamó *non fiction*, ajustándose plenamente a la verdad y a los hechos para reproducirlos con una inverosímil exactitud que no sólo están en la Biblia, es posible deducir lo siguiente:

Pilatos, en un intento desesperado por salvar a Jesucristo de la muerte, mandó darle los cuarenta azotes autorizados por la ley, pero los verdugos, llenos de fiereza y crueldad, le propinaron unos cinco mil, cantidad más que suficiente para acabar con la vida de un hombre sano y robusto.

Con las espinosas ramas de un junco marino que utilizaron como látigo, los sayones fabricaron una corona y se la hundieron a golpes en el cráneo, taladrándole el hueso.

Poco más adelante, lo ridiculizaron al ponerle sobre los hombros un trapo rojo, sucio y desgarrado, lo sentaron a empellones en un banco y le pusieron a modo de cetro en las manos un trozo de carrizo. Los atormentadores, en una sacrílega ceremonia, se inclinaban ante él y con sorna decían: ¡Ave, rey de los judíos!, escupiéndole y dándole de bofetadas, mientras Pedro, según el vaticinio de Jesús (“Antes de cantar el gallo, renegarás de mí tres veces”), lo negó igual número de ocasiones: 1, “Yo no sé de qué hablas”, 2, “No conozco a tal hombre”, 3, “Juro que no he conocido a ese hombre”.

De allí de nueva cuenta llevaron a Cristo ante Pilatos, quien asustado, lo condujo al balcón y lo mostró ante la plebe: ¡Ecce Homo! La multitud, lejos de tranquilizarse reaccionó con más virulencia: ¡Crucificadle, crucificadle! Pilatos no supo qué hacer o tal vez sí (orientado por una voluntad poderosa que había seleccionado el martirio) y optó por lavarse las manos. Las acusaciones a Jesús eran por demás graves: falso profeta, nigromante, hechicero, alborotador del pueblo y tener tratos con el Diablo. Pilatos, bien aconsejado por su esposa, en un intento más de aplacar a la chusma, le pidió que escogiera entre la vida de Jesús y la del criminal confeso Barrabás. “A quién de los dos queréis que suelte”, cuenta *San Mateo*, XXVII, 21. ¡A Barrabás!, responde en grueso coro la multitud envalentonada. Pilatos da por consumado el *juicio*: “Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veáis vosotros”. Por su parte, Barrabás queda en

libertad e inicia un largo viaje —contado por un seguidor o continuador de la Biblia, Par Lagerkvist— que concluye cuando después de muchas vicisitudes encuentra la fe y la redención en la cruz.

Y mientras Judas pagaba su traición ahorcándose de una higuera a causa de su arrepentimiento (“Pequé, he entregado la sangre del Justo”), para Jesús comenzaba lo más doloroso.

Cristo, cargando la pesada cruz, más bien arrastrándola, inició el camino hacia la muerte. Del palacio de Poncio Pilatos hasta las cumbres del calvario había poco más de 4,320 pasos; ese fue el penoso recorrido del Gólgota, cayendo y levantándose, empujado, escupido, insultado, maltratado por un enjambre de salvajes demonios y compadecido por muy pocas almas caritativas.

Se ha dicho que tal castigo es imposible de resistir, pero no olvidemos que se trata de alguien en extremo dotado intelectual y físicamente para sufrir y resistir el castigo. Desde niño, Jesús sabía su destino y estaba preparado psicológicamente para padecerlo y cumplir a cabalidad con la Pasión, un extraño acto dictado por el Creador para imponer la fe y redimir al hombre. En esta historia ni Pilatos y Judas ni Dimas y Gestas ni aquellos que lo torturaron con saña son verdugos o cómplices, son simples actores de un drama concebido y puesto en escena por una fuerza suprema.

Siendo, pues, hijo de Dios, Cristo no estaba dispuesto a rendirse bajo el peso de la cruz. Comienzan los misterios y cae por primera vez. Enseña así a los hombres la magnitud de los malos pensamientos. Con la segunda caída, ahora bajo la Puerta Judiciaria, Andricomio señala que el señor paga los pecados que los hombres cometen

con la palabra, la maledicencia, la blasfemia, la calumnia y la mentira.

Aquí interviene una mujer sencilla y piadosa, Verónica, y limpia con su pañuelo el rostro desfigurado de Cristo, cubierto por sudor, sangre y polvo. Jesús deja impresa su cara en el lienzo: el Divino Rostro.

Simón, hasta este momento, es nadie en la historia, pero una mano sagrada lo impulsa a formar parte del gran drama. Los esbirros lo seleccionan para que ayude a Jesús a arrastrar la cruz. A regañadientes —sin noción de grandeza—, acepta el extraordinario papel.

A punto de llegar a la cúspide del Gólgota, la Virgen María puede abrirse paso y quedar cerca de su hijo. Va acompañada por quien más adelante sería san Juan y por María Magdalena, la prostituta redimida. Jesús cae por tercera vez y muestra los infinitos estragos de los pecados de obra.

Ya en la cima, en tanto abrían los hoyos para sostener las cruces y perforaban los maderos, Jesús fue desnudado con violencia. Era una llaga viva, coinciden las crónicas y nadie rechaza la descripción.

Acostaron a Cristo sobre la cruz, extendieron sus brazos, a golpes de mazo lo clavaron, pero el izquierdo no alcanzaba y tuvieron que descoyuntarlo para hacerlo llegar hasta el agujero previamente barrenado. La última acción fue clavarle los pies.

Una vez con el cuerpo sujeto a la cruz, la irguieron. El populacho y la soldadesca agredieron una vez más al Redentor con blasfemias y burlas, arrojándole al mismo tiempo piedras y odio. La respuesta fue contundente y memorable: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”

Al cabo de un rato, Dimas y Gestas, crucificados a derecha e izquierda de Jesucristo, cesaron sus ironías. El primero se arrepintió: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.” Jesús repuso con voz casi exangüe: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.”

Todavía la vida de Jesús resistió tres horas más de dolor y sufrimiento y después de las Siete Palabras (“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”), finalmente expiró. Para comprobar la muerte, un soldado llamado Longinos le dio una terrible lanzada en el pecho a Jesús. *San Juan* (XIX, 16) lo precisa: para acelerar la muerte de los tres martirizados: “Vinieron pues los soldados, y rompieron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con él. Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas: Sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre, y agua.”

Lo demás es parte de una historia fantástica que ha sido capaz de conmover a millones de seres humanos y que ha servido para derramar más sangre. Hasta hoy los seguidores de Jesucristo, por absurdo que parezca, han sido incapaces de entender la magnitud de su sacrificio. Luego de los primeros años, mientras el cristianismo primitivo se convertía en religión oficial, han transcurrido cerca de dos mil años de absoluta incomprensión y olvido. Las diferencias son muy claras entre el Pedro perseguido y atemorizado y sus descendientes en el Vaticano.

La Biblia, por su parte, es historia que ha perdido, con el paso de los siglos y de las muchas manos entrometidas, algo de sus méritos originales, detalles y contradicciones. Por ejemplo, ¿de dónde sale la esposa de Caín? O ¿cuál es el tamaño del enorme pez (que no

ballena) que se traga a Jonás? Si el propio Dios dictó los materiales que la componen, debió ser él mismo quien los revisara y no sacerdotes fanáticos que gradualmente han ido tergiversando esas historias con interpretaciones ajenas a las intenciones del Gran Redactor y dejando fuera trozos de enorme riqueza para mejor conocer una religión. Pese a todo, la historia no es una ciencia: la caracteriza la subjetividad, y la imprecisión puede formar parte del todo en calidad de ficción. Es la obra grandiosa que revela las maravillas y los prodigios de una religión que muy rápido dejó sus grandes principios éticos en pos de riquezas y poder inimaginables. Es la historia de un Dios que fue suplantado por un largo ejército de curas ambiciosos y dogmáticos, arrogantes y dueños de medio mundo conquistado a sangre y fuego.

Como novela, la Biblia es perfecta, posee las características de las mejores obras de todos los tiempos, quizá en algún capítulo haya descuidos y los personajes se diluyan en el aire, las fechas sean de poca precisión, pero eso es culpa del tiempo y no de los autores. Tendrían que estar, por otra parte, más de uno de los *Apócrifos*. La Biblia es dinámica, no estática y seguirá creciendo merced a los hallazgos (como Los rollos del Mar Muerto); en consecuencia, su importancia radica en lo formal. Como señalaba el escritor mexicano Juan José Arreola: “Toda belleza es formal” y la Biblia es, con sus excesos y asperezas, pura belleza.